

EL SALTO DE SU VIDA

Franz Kelle

La primavera tomó la calle con su habitual desenfado. En los alcorques brotaba la hierba mientras la nieve se escurría rumbo a los sumideros desvelando las franjas blancas de los pasos de cebra. El sol les daba tal lustre que cualquier berlinés habría deseado deslizarse sobre ellas en una coreografía que celebrara el fin de los rigores invernales. Cualquier berlinés excepto Karl Weit.

Había empezado como un juego: un sábado su padre le propuso cruzar la avenida a brincos, sin pisar la pintura. La cabeza de Karl Weit transformó la inocente invitación en un reto cotidiano. Un reto que degeneró en manía. Y el niño que hacía cabriolas pasó a formar parte del paisaje vecinal. «Mira, por ahí va Karl, el saltarín de los Weit. ¿No se cansará nunca?».

Karl Weit pegó un estirón fenomenal, quién sabe si no creció un poco más de lo que llevaba escrito en su genoma a fuerza de caminar medio metro sobre el suelo. La potencia que desarrolló en el tren inferior no pasó inadvertida en un sistema orientado a los laureles deportivos. Ludwig, su profesor de educación física, lo puso a entrenar salto de longitud todas las tardes. Aunaba velocidad, precisión y un impulso explosivo. La única pega radicaba en su negativa a pisar la tabla blanca, por lo que siempre regalaba veinte centímetros.

—Hijo, ¡olvídate de una vez de aquel juego tonto con el paso de cebra y pisa la maldita tabla! Debes sacarle todo el jugo a tu don, exprimirlo hasta la última gota, ¿comprendes? —le conminó su padre en cuanto Ludwig lo llamó y le comunicó que Karl estaba a una manía de ser un atleta de talla mundial.

No hubo manera.

Cuando Karl Weit cumplió los diecisiete, Ludwig entendió que había llegado el momento de tomar medidas drásticas y lo borró de los Campeonatos Juveniles. Aun con su hándicap los iba a ganar, pero el entrenador aspiraba a cotas más altas, y para alcanzarlas no quedaba otra que empezar de cero. Aquel otoño adaptó el foso del colegio con una brocha y dos cubos de pintura: la tabla la volvió negra y la rodeó de blanco. Si el cambio confundía a los demás alumnos, ya se acostumbrarían; su misión consistía en forjar un campeón que engrosara el áureo palmarés de la República Democrática.

Karl Weit comenzó así a batir donde tocaba y rompió la barrera de los ocho metros con soltura. Ludwig le enseñó entonces a saltar sin agachar la cabeza, bastaba con contar los pasos de su carrera idónea desde la tabla hacia atrás y marcar el punto de partida. Ensayaron noche y día, cinco o seis semanas más, hasta que Karl Weit hubo memorizado la carrera al dedillo y no necesitaba mirar la tabla para ajustar la zancada. Ya estaba listo para volar en cualquiera de esos fosos convencionales con sus láminas blancas al uso.

Las competiciones domésticas enseguida se le quedaron cortas y empezó a traspasar fronteras. Había llegado la hora de medirse con las promesas de otras repúblicas socialistas. La víspera del primer viaje, su padre fue a verlo entrenar. De camino al coche, insistió en cargar con su bolsa y, una vez cerrado el maletero del desvencijado Trabant, le dio varias palmadas en la espalda.

La huella de Karl Weit se reveló insuperable. Una y otra vez. En un viaje a Checoslovaquia el traqueteo del autobús agitó la coctelera de su conciencia y despertó el anhelo de volar libre, más allá del tartán, más allá de la arena. De regreso en casa aguardó despierto bajo el edredón. El televisor dejó de parlotear proclamas, la lámpara del pasillo se apagó y por fin oyó cómo su madre cerraba la puerta del dormitorio. Aguardó a que las paredes vibrasen con los ronquidos de su padre y se incorporó. A través de la ventana vio desvanecerse la última luz del bloque de enfrente. Dejó pasar una, dos horas más, los ojos como platos, la mente frenética. Entrada la madrugada, cruzó el corredor con el sigilo propio de quien escapa.

Su sombra se deslizó por las calles en penumbra. Había pergeñado un trayecto por los rincones menos transitados de la ciudad. Carecía de pretexto que explicase su zascandileo nocturno, así que era imprescindible andar con pies de plomo y evitar que nadie lo descubriese.

Llegó. A lo lejos se recortaba ya su silueta imponente, silenciosa.

Confiaba tanto en sus piernas que sabía que superaría el Muro antes de que la *Grenzpolizei* pudiese siquiera advertir la presencia de un aspirante a fugitivo. Y así fue: encaró la recta hacia el Muro como una bala y batió a la distancia exacta para encaramarse hasta lo más alto y un poco más. El «poco más» hizo que cayese a plomo sobre el lado preferido de la frontera. Una fractura de tibia y peroné lo alejó de la élite, de la gloria de pulverizar el récord mundial que ya había acariciado con la punta de los pies.

Su triunfo fue otro.

Karl Weit observa cómo la alcantarilla se traga el agua del deshielo. Un año más. El contorno de sus ojos se pliega en mil surcos debido al resplandor que emiten las bandas blancas del paso de peatones. La boca esboza una sonrisa: sabe que por sus vasos continúa fluyendo la sangre fría del mejor saltador de todos los tiempos.